

cuadros. La multitud suspensa deja paso á María; y cuando los Sacerdotes de la Ley han salido á su encuentro, María se adelanta sola, como movida por un impulso celeste y sostenida por ángeles: sube las quince gradas del Templo con ademán majestuoso, con aquella transfiguración del ser que prestó sus inmortales inspiraciones á Dürer, á Van-Eick y á Lebrun; y la fantasía se representa á la Virgen de Israel como aquella mujer descrita en el *Apocalipsis* (1), que huye á la soledad, donde el mismo Dios le tenía preparado un sitio de reposo.

¡Oh! Los entendimientos humildes, las almas delicadas no saben separarse de la representación de estos misterios. Encanta allí, ante todo, el júbilo interior, el gozo sobrehumano que inunda ya el espíritu de aquellos padres dichosísimos: la beatitud que reina en sus corazones sobrepuja á toda idea, á toda palabra humana. La sabiduría y la piedad de un corazón, que ardía en el fuego de los sobrenaturales amores (2), conservó ó concibió la fórmula sentida de la oblación que hacían al cielo aquellos fieles descendientes de Abraham. El Sacerdote Zacarías, esposo de Isabel, pronuncia en aquella hora igualmente frases suavísimas que el Señor pone en sus labios. ¡Ah, Señores! María pagará más tarde aquellos impe-

(1) *Apoc.*, XII, 6.

(2) San Germán, Patriarca de Constantinopla.

tus del amor tierno, aquellos homenajes del alma que le dedica el padre del Bautista, con una visita tan amable y tan fecunda á la montaña de Judá, que será perpetuamente cantada por la Iglesia y colmada de bendiciones en toda la sucesión de los siglos.

¿Y qué diremos de la criatura bendita consagrada al Señor? María es el ángel de la inocencia que se encuentra entre justos. La blancura de su túnica es blancura celestial; su ademán es todo gracia y recato; su mirada es rayo de santidad y de gloria; las vírgenes que la acompañan parecen ser dos coros que preceden á la Reina de la pureza y de los Serafines; los Sacerdotes y Levitas que presiden tan imponente ceremonia se extasían y conmueven ante aquel cándido ser que despide fragancia de santidad y resplandores de la altura. Un alma enamorada de María, talento que recogía su luz en los destellos de la Verdad por esencia, San Alfonso de Ligorio, ha descrito el cuadro postrero de aquella escena sublime: María, implorando de rodillas una última bendición de los que le dieron la existencia; las lágrimas de la despedida, no obstante lo grato del sacrificio; la emoción de los circunstantes, la marcha silenciosa del cortejo, la gran Puerta Oriental que se abre pausadamente para dar solemne entrada á la Virgen elegida por providenciales designios.

Joaquín y Ana habían entregado religiosa-

mente al Señor el dón de más valía que pueden ofrecer las abnegaciones paternas: ¡qué ejemplo tan elocuente y decisivo para aquellos padres cristianos que suelen no comprender los favores y las consolaciones de una vocación perfecta, de unos llamamientos divinos! María ha hecho salir de su espíritu y de su boca el más ferviente voto de una consagración virginal que vieron las edades: ¡qué cuadro tan conmovedor y tan fecundo para esas tiernas almas que se proponen hacer que florezcan dentro de sí todas las plantas de la castidad y la inocencia! ¡Oh! Meditando sobre este dulce ejemplo, un sabio y santo Obispo del séptimo siglo de la Iglesia se dirige con estas frases á la Virgen de Nazareth, cuando la describe posando su débil planta en el suelo del Santuario: «Yo os saludo ¡oh Virgen llena de gracia! más encumbrada que los cielos, más santa que todos los bienaventurados, más gloriosa que todas las jerarquías angélicas, más digna de veneración y amor que ninguna otra criatura. Yo os saludo, dulce Paloma de vistosas alas que, al entrar en el alcázar del Rey de todos los Reyes, nos dais el ramo de oliva que anuncia el fin de la iniquidad y el comienzo de un reinado que habrá de ser eterno» (1)

¿Y cuál fué la vida de María en la Casa del Señor? ¡Ah, venerables Hermanas! La vida de

(1) S. Germ. Constant.: *De Præsent. Beatæ Virginis.*

María en el Templo presenta dos hermosas fases, la oración y el trabajo: la vida del recogimiento, que en María raya hasta el éxtasis, y la vida activa, propia de la mujer hebrea; es decir, que María será á la vez el eterno modelo de la virgen de los claustros y de la esposa y la madre cristianas. María, Purísima é Inmaculada, no necesitaba de ásperas mortificaciones; y, no obstante, ella tiene el ayuno por regalo, y la meditación por sueño, y la lectura de los Libros Santos por descanso y recreo. No son ni el cuerpo ni los sentidos los que allí demandan alimento y vida; y, sin embargo, cuantas tareas, cuantos primores, cuantos tejidos, ora del lino y la lana de los hogares modestos, ora de la seda y del oro de aquellos tisúes de magnificencia sin par que se ostentaban en las moradas y en las procesiones de Oriente, todo fué bien pronto aprendido y realizado por María, hasta hacer las vestiduras de los Sacerdotes, los ornamentos para el servicio del Templo, y hasta aquel velo famoso que cerraba la entrada del Santo de los Santos.

Pero era la vida propia, el sustento propio del espíritu, lo que constituía en esa tierna Virgen la principal y más hermosa vida: eran el corazón y el alma los que anhelaban remontarse en rauda vuelo á la idealidad de la virtud. María, ha dicho alguno de sus panegiristas, antes que todo oraba; oraba con la mente, oraba con la vista, oraba con los labios. María oraba con la mente, ofreciendo

al cielo la esencia de la humildad, de la obediencia, de la pureza, de la abnegación, del holocausto, hasta vislumbrar la grandeza de los Atributos divinos, hasta llegar á aquella unión con Dios por amor, que es la perfección suprema. Y ¡cosa sorprendente y peregrina! exclama Santa Brígida: una era la gracia más singular que imploraba María en sus oraciones; y era vivir hasta conocer á la Virgen destinada para Madre del Salvador del mundo.

María oraba con la vista, esto es, María, que aun siendo todavía tan niña (escribe San Epifanio) poseía la vieja lengua hebraica, leía en su original las Santas Escrituras; modo de orar, Señores, en que el espíritu y el alma oyen la voz de los cielos, según estas bellísimas palabras de San Agustín: «Cuando lees, es Dios el que te habla: cuando oras, eres tú el que habla con Dios.»

María oraba con los labios, esto es, María, en unión de las demás vírgenes del Templo, cantaba siete veces en armonioso coro los Salmos y Cánticos de David, desde las primeras luces del alba hasta los elocuentes silencios de la avanzada noche, dulces y sentidísimas notas que debían estar tomadas de los acordes de los ángeles: y, en medio de esto, elevaba súplicas ardorosas, substancia de la caridad, implorando misericordia para los pecadores, sustento para los indigentes, consolaciones para todos los atribulados y afligidos.

Ved, pues, mis venerables Hermanas, cómo la Virgen María vivió dentro del Templo con la vida de Cristo, respirando sin cesar en las atmósferas de un cielo misterioso, sumergida dulcemente en el seno de piélagos invisibles. Sin duda que todas las generaciones bíblicas vivieron de la fe del Mesías, de las esperanzas de su ser futuro, de las gracias de su Divinidad, de los méritos de su Sacrificio: todos los holocaustos de la Antigua Ley, dicen unánimemente los Santos Padres, tomaban su valor de aquel Cordero sin mancula, muerto desde el origen del mundo (1). Pero la Virgen María vivió más especialmente de la fe, de la esperanza, del amor, de la Esencia misma, si así puede decirse, del Mesías esperado: y así la Iglesia ha podido afirmar, en una oración que acaso inspiró el cielo, que María fué Inmaculada en su Concepción venturosa por la previsión de la muerte del Dios-Hombre, cuyo primero y más hermoso fruto debía ser la pureza sin mancha de la Mujer que había de darle el sér humano. María ignoraba aún el misterio de la Encarnación del Verbo en sus virginales entrañas, aunque teniendo en el Templo sus recreos y sus coloquios con los espíritus celestes, debió conocer allí al arcángel Gabriel, que había de ser bien pronto Embajador de Dios cerca de Ella. Pero la próxima Venida del Libertador de las gentes, los

(1) *Agnus occisus ab origine mundi. (Apoc., XIII.)*

vehementes deseos de la realidad del suspirado día, el honor de los seres que intervinieran en tan inefables sucesos, envolvíanla en auras y resplandores que no eran de la tierra, identificaban su vida con tan escondido arcano, y acaso una voz interior, un presentimiento suavísimo le aseguraba que iba á ser la criatura más favorecida del Omnipotente en la realización de sus designios. ¡Oh! Decidme, Señores, si todo esto no justifica bastante los arranques fervorosos de muchos Padres de la Iglesia, señaladamente de San Basilio y San Juan Damasceno, cuyos levantados conceptos pueden resumirse de este modo: «El »Dios misericordioso y Eterno buscaba por todos »los ámbitos del mundo la Virgen más merecedora y más digna de ser la Madre del Divino Verbo, y no ha encontrado en la tierra, ni estirpe »tan ilustre, ni virtud tan pura, ni alma tan perfecta como las virtudes y como el alma de la »Virgen María, joya depositada en el Templo, »celosa cual ninguna de guardar y de vigilar los »sentidos, puertas del corazón, á fin de que no »traspasaran sus umbrales, no ya las frivolidades »ó las miserias de la vida, pero ni siquiera una »ráfaga, ni siquiera la sombra de los pensamientos mundanos.» *Vita ejus abscondita est cum Christo in Deo.*

Pero ¡Dios mío! ¿Qué cuadro estoy componiendo, qué retrato he estado bosquejando? ¿No es verdad que con ser tan imperfecta esta pintu-

ra, al trazar ligeramente la vida de la Virgen María en el Templo de Jerusalén, yo delineaba asimismo la vida, las acciones, las hermosuras y encantos que se ocultan en el interior de ese recinto? Sí, hermanos míos: al lado allá de esas espesas paredes se ora, imitando á María; se conversa íntimamente con Dios, llegando por el recogimiento hasta el éxtasis. Detrás de esas santas paredes se lee, se estudia, se medita, no ciertamente en esos libros donde se escribe una mentida ciencia, y en donde se justifican y enaltecen todas las locuras humanas, libros que siembran en los corazones los gérmenes del mal, y que desvían al alma de los caminos rectos, sino en los libros donde se enseña la verdadera sabiduría, al resplandor vivísimo de todos los grandes dogmas: *Loquimur Dei sapientia in mysterio*, como decía San Pablo (1). Detrás de esos muros se cultiva el arte, no como lo cultiva una mano mundana, con realismos procaces y corruptores, sino buscando el bello ideal en superiores esferas, como los grandes maestros cristianos. Detrás de esas paredes se canta, no con los provocadores acentos que recuerdan á las peligrosas sirenas de la Mitología, no como canta una garganta impura, sino entonando las alabanzas del Hacedor Supremo, como los ángeles en el cielo ó como el ruiseñor en la enramada. Al lado allá de esos muros, la planta

(1) Cor., II, 7.

de la castidad, las flores del pudor y de la modestia, bañadas con el rocío de la súplica, regadas con las aguas de la penitencia, exhalan aromas tan deliciosos y penetrantes, que trascienden al mundo y embalsaman el espacio. Detrás de esas paredes, en suma, se admira el tipo acabado de la mujer católica, y hasta se forma y se completa el modelo de la verdadera dama cristiana, á saber: la señora distinguida que lo mismo podrá brillar en los palacios por el prestigio de su nombre, y dispensar los honores de su casa con la amabilidad más exquisita, que sabrá hacerse notar por el influjo de su recato, y arrodillarse devotamente en el templo, y llevar sus obras de misericordia, espirituales y temporales, á la morada de los necesitados, y confeccionar primorosamente con sus propias manos la rica ó la sencilla prenda con que ha de adornar á sus hijos ó ha de vestir al desnudo, en los caminos de la indigencia.

Porque no hay que perder de vista, Señores, que dentro de esas mansiones no habitan solamente las víctimas voluntarias del desprendimiento y del amor, de la mortificación y el sacrificio, las mujeres benditas unidas para siempre con el místico Esposo, como Clara, como Inés de Montepulciano, como Catalina de Sena, como Teresa de Jesús; sino que hay en ellas muchos seres destinados para volver de nuevo á la vida de las sociedades, y para ocupar su puesto respectivo en-

tre la familia cristiana: y la mujer que ahí se educa entre palabras edificantes, entre silencios más edificantes que la palabra, entre ejemplos más eficaces y elocuentes que la palabra y el silencio, ha de ser la parte más buena y más bella (1) de los poemas de ternura del hogar doméstico; el ángel tutelar del esposo y del hijo; la garantía segura para obtener la mayor suma de dicha que se pueda disfrutar en estos tristes senderos de peregrinación y de tránsito.

Señores: permitidme que al hablar de estas tiernas niñas, que deberán ser un día el ornamento de la Religión, el decoro de la familia, la esperanza de las sociedades, yo quiera detenerme algún tanto en asunto tan trascendental y tan interesante, con el alto fin de escudar, en cuanto sea dable, á esos seres candorosos, y más aún á los que han contraído el deber de dirigirlos y protegerlos, contra los hálitos, tan frecuentemente mortíferos, de la sociedad que les aguarda.

Alguien ha dicho ó escrito, y no sin sólido fundamento (2), que el espíritu del mundo, el amor excesivo de sus goces y de sus engañadores atractivos, suele producir esas tisis morales que infunden tanta piedad como pavor en los corazones sensibles; y es que en esa vasta escena se estrechan y se conjuran en maridaje odioso todas

(1) *Eccli.*, XXVI, 3.

(2) Creemos que sea el P. Faber, en alguna de sus inimitables obras.

las malas pasiones que marchitan ó abrasan el espíritu, poniendo ya sombra ó mancilla en la sencillez de la infancia, y torpes asechanzas en los difíciles caminos de la adolescencia. Allí donde los lirios y las rosas comienzan á abrir su capullo, el viento cálido de la adulación y la lisonja seca la hoja y el tallo, y la flor muere. Allí donde el alma debe aprender á orar, para preservarse de las seducciones terrenas, los afanes del lujo y de la moda vienen á ahuyentar la paz del ánimo y á sembrar los gérmenes de la envidia. Allí donde debe rodearse el corazón con los valladares del buen ejemplo y del sagrado culto, los espectáculos atrevidos, las lecturas deshonestas, los afectos desordenados, excitan la fantasía y oponen obstáculos innumerables á la moral y á la virtud.

Cierto, muy cierto es, Señores, que el espectáculo inofensivo la recreación honesta, el gozo sereno y puro del ánimo, constituyen elementos preciosos, el afianzamiento acaso, de la salud y la vida; cierto que la estimación del nombre, el esplendor de una ascendencia ilustre, el empleo de una riqueza honrada, el deber y el honor de dirigir los destinos de un pueblo, obligan á vivir entre la grandeza y el fausto; cierto, asimismo, que la infancia, la adolescencia y la juventud necesitan, por imperiosa manera, del placer legítimo, de la alegría inocente, del adorno esmerado, de los afectos dulces, en toda sociedad sensata. Pero

todo esto, hermanos míos, es autorizado, es querido, es santificado por la Iglesia de Cristo, que quiere y ama todo cuanto vigorice, sin menoscabo del bien, el cuerpo y el espíritu. Lo que la Iglesia no quiere ni puede querer jamás, lo que deplora con su sentido íntimo y con su ternura de madre, es el afán continuo de los goces materiales de la existencia, es la pasión desarreglada que convierte lo natural y lícito en ilícito y peligroso, y en donde naufragan á cada paso la candidez del corazón y la tranquilidad de la conciencia. ¿Quién podrá contemplar sin una tristeza inmensa, sin verter lágrimas de dolor indecible, el cuadro de una adolescente, de espíritu elevado y de alma graciosa y pura, en la que unos padres imprevisores ó débiles, una amistad funesta, una imaginación rica, dejan infiltrar los elementos deletéreos de las inclinaciones mundanas, donde toda voluntad decae, donde toda virtud corre riesgo, donde por gradaciones fatales llegan á ser olvidados nuestros destinos futuros, la eternidad de otra vida?

¡Ay de mí! En ese raudo torbellino, la joven naturalmente nacida para lo verdadero y lo bueno, siente que se debilita su fe, porque nadie cuida de elevar su razón y su pensamiento á las esferas de lo sobrenatural y lo infinito; vacila en acercarse al Tabernáculo Santo, porque los ejemplos de tibieza en su hogar la turban y detienen; descuida las prácticas de la caridad cristia-